

do, se llamaba *Fouros*, el purificado, por la misma razón. Esta creencia está además confirmada por una fiesta que todos los años se celebraba en Argos. En sus cercanías había una fosa en la que, en los días solemnes, se arrojaban antorchas encendidas en honor de Kore (1), las cuales evidentemente representaban la misma diosa, y el alma que bajó viva á la morada de Pluton.

También los Griegos adoraban á dos diferentes divinidades, bajo el nombre de Perséfone. La primera, cuyo culto parece haber tenido origen entre los Frigios ó los Tracios, representaba la Tierra, y fué madre de Baco Sabasio, imágen del sol que muere en el solsticio de invierno y desciende á los infiernos para volver á subir. Júpiter para hacerla madre tomó forma de serpiente, que era emblema del alma, la cual habitó sucesivamente diversos cuerpos; y el sol, considerado como moriente y renaciente, representaba también el alma humana. La diosa Perséfone pasó á ser símbolo del alma sometida á la metempsicosis; no fué repetición, sino hija de Ceres; desaparece por consiguiente el incesto; el mito de Eléusis fué una reforma del de Tracia. Así ambas Perséfonas reprodujeron el dogma de la inmortalidad del alma.

Los neo-platónicos, y si no todos, algunos de ellos, enseñan formalmente que Kore representaba el alma humana. Suponian solamente que su pretendida permanencia en los infiernos era imágen de su forzado descenso del cielo á la tierra (2). Pero si prescindimos de la doctrina puramente neo-platónica que coloca el infierno del alma en este mundo, resta la simple personificación del alma humana, honrada bajo el nombre de Kore, y las neo-platónicos vueltos al sendero de la ortodoxia se convierten en testigos de la doctrina de los misterios aunque á ella hayan añadido sus creencias particulares.

Dogma sexto.

En el hecho de probar la realidad de un Dios creador y de la inmortalidad del alma, demostramos implícitamente la necesidad de las leyes de la moral. De estos dos principios, que son la base de la religión griega, se deriva el dogma del libre albedrío, sin el cual no habría moralidad, y el de las remuneraciones, sin el cual no habría freno para las pasiones. Estos dos dogmas estaban además estrechamente enlazados entre sí; pues que si la religión admitía las remuneraciones, debía reconocer la libertad del hombre, y si reconocía la libertad, debía admitir también la existencia de las remuneraciones.

« Júpiter observa la conducta de los hombres, venga los delitos castigando al delincuente; las injusticias le irritan y castiga á los jueces que pronuncian sentencias inicuas sin temor á

(1) PAUSAN., II, 22.

(2) SALUST., *ilos.*, De *Diis et mundo*, c. IV.

los Dioses. » Homero (1) y Sófoeles (2) dicen: « Las leyes no son producto de una naturaleza mortal; vienen de lo alto, solo Dios es su padre, no pueden envejecer ni ser olvidadas. Parezca todo mortal, cuya mano sacrilega ó cuya lengua criminal viole las leyes, no respete la justicia, y no venera los templos de los dioses. »

« Júpiter (dice Calimaco) ve con ojo desdenoso á los perversos (3). — Existe (dice Cicerón) una ley verdadera, invariable, inmortal, una razón recta, una ley conforme á nuestra naturaleza, igual en todos los países y tiempos, no establecida por los hombres y que ninguno infringe impunemente. Esta ley es obra de Júpiter, el cual la conserva mediante los suplicios que reserva á los delincuentes (4). — La equidad (dice Plutarco), la justicia, las buenas leyes emanan del Dios supremo. Justo, divino es lo que él concibió, ó mas bien, Júpiter mismo es la ley y la justicia. Esto nos enseña Hesiodo cuando representa la justicia como una virgen casta, que vive junto á la verdad (5). — El perverso se veía amenazado por un doble castigo: los remordimientos y la vindicta pública en esta vida y su suplicio en la otra. La negra Erinis, inevitable ejecutora de los castigos, lo perseguía sin descanso con su lúgubre canto, de manera que no había para él un instante de reposo (6). Seguían sus huellas dos Nemésis, una en la tierra y otra en los infiernos (7). Las inexorables Euménides no perdían jamás la memoria del delito (8). La gloria de los hombres, decían estas, la mas resplandeciente á los ojos de los mortales, llena de vergüenza en el infierno, se espanta á nuestro negro aspecto, y desaparece bajo nuestras sangrientas huellas; y la raza contaminada con sangre no merece tampoco en este mundo el ser oída por Júpiter. »

Sería inútil insistir acerca de los mandamientos apoyados en tan rígida sanción. La moral de los Griegos era la misma que la de todos los pueblos. « Adorarás á los dioses, les tributarás un culto asiduo; no mentarás, no harás traición á tu patria; serás justo, humano, caritativo, etc. »

Debemos empero hablar de las condiciones que se imponían al *mixto* para su admisión á los pequeños misterios. Según una de las mas antiguas leyes de Eléusis, ningún homicida podía ser iniciado, si no se purificaba antes de su delito. Generalmente el *mixto* debía prometer ser puro de manos y de espíritu, ser ajeno á los rencores, á la cólera y á toda pasión violenta. Contraída esta obligación, ponía sus pies sobre pieles de víctimas inmoladas á Júpiter *Mélliquio*

(1) *Odís.*, XIII, 213. — *Iliad.*, XV, 386.

(2) *Edip.*, 882, 902.

(3) *Himn. de Júpiter*, v. 82.

(4) AP. LACTANCIO, *Div. inst.*, VI, c. 8.

(5) *Ad principem inductum*.

(6) ESQUILO, I, *Sete en Tébas*, v. 59, 798, 985, 1000.

(7) PAUSAN., VII, 5.

(8) ESQUILO, *Eum.*, 230, 384, 366, 359.

ó el bondadoso, y á Júpiter *Ktesio*, esto es, el que recompensa enriqueciendo. Despues se le hacía sentar en un trono y se danzaba en derredor suyo (1). Con esta manifestación de alegría, los iniciados y los sacerdotes parecían congratularse de que el nuevo hermano, perdonando á sus enemigos, como se perdonaba á sí mismo, volvía al seno de la gran familia, estrechaba los lazos que á ella le unían y se ponía en comunicación con el género humano.

Todos los símbolos adoptados en aquella ceremonia despertaban en el mixto sentimientos humanitarios y piadosos. El aventador místico no era ciertamente un emblema de la siega, sino que representaba el acto de la justicia divina que separa la paja del buen grano. Yaco y Horo niño, emblemas ambos del alma que sale de los infiernos, estaban representados echados en cribas, para significar que volvían al mundo purificados de toda mancha y de toda arruga. Los panes significaban la gratitud del hombre á los dioses que le alimentaban. El manzano y el granado colocados á la vista de los iniciados, pero con prohibición de tocarlos, significaban que se debe huir de la incontinencia y del adulterio.

De manera que las lecciones de moral no solo llegaban á oídos de los iniciados por medio de la instrucción de los sacerdotes, sino que además penetraban en sus ánimos por el carácter de casi todos los objetos simbólicos expuestos á sus miradas. La religión no perdonaba medio alguno para grabar profundamente en el corazón del hombre el sentimiento de sus deberes.

Dogma sétimo.

Aunque las doctrinas de Eléusis estaban veladas por el misterio, algunos puntos sin embargo salieron fuera de las paredes del santuario; como sucedió con el dogma de la trasmigración, confirmado por muchos autores. Píndaro pretende que las almas vuelven al mundo hasta tres veces. « Aquel cuya alma pasando tres veces de la vida á la muerte y de la muerte á la vida ha conseguido conservarse exenta de iniquidad, llega felizmente á la morada de Saturno por el sendero trazado por Júpiter (2). » La indicación de Saturno quiere decir quizá que semejante dogma se estableció en Grecia en tiempo de aquel dios; Herodoto lo hace derivar de Egipto, en donde se creía que las trasmigraciones sucesivas duraban tres mil años (3).

Es opinión antiquísima (dice Platon) la de que las almas dejan el mundo, van al infierno y vuelven al mundo en expiación de sus delitos, pasando del cuerpo del hombre al de los animales (4). — Muchos antiguos poetas (dice Cice-

ron) y muchos sacerdotes que interpretaron la voluntad de los dioses en las ceremonias sagradas y en las iniciaciones, han enseñado que los hombres volvemos al mundo á expiar los delitos de la vida anterior (1). »

Virgilio, Plutarco, Onomacrito y otros apoyan este aserto (2). La mayor parte opina que las almas deben pasar tres veces de la vida á la muerte y de la muerte á la vida, y que cada estancia del alma en los infiernos es de tres mil años (3). Si el alma se había manchado con delitos irreparables, era precipitada para siempre en el Tártaro; si había rescatado sus culpas, elevábase hácia el Dios supremo, no para confundirse con su divina sustancia, sino para gozar á su lado de una felicidad eterna (4).

Esta opinión parece que fué transmitida á los Griegos por los Egipcios como la de la metempsicosis, cuyos sacerdotes, embalsamando los cadáveres, rezaban en nombre del difunto lo siguiente: « Señor Sol, y vosotros, ¡oh dioses! que prolongáis la vida del hombre, recibid el alma mía y recomendadla á los dioses inmortales á fin de que la acojan á su lado (5). » Sófoeles pone en boca de Antígona: « Segura de vivir eternamente con los dioses y con los muertos, prefiero agrandar á estos que á los tiranos (6). » Celso decía á los Cristianos: « Si creéis en los castigos eternos, lo mismo creen los que presiden á los misterios y están en ellos iniciados (7). » Sinesio, aun cuando ya era cristiano, recordando los dogmas de su primera religión, dirigía á Dios esta plegaria, imitación de la egipcia: « ¡Oh Padre! concédeme que mi alma reunida á la luz no vuelva á mancharse con el fango de la tierra (8). » Por último, el sabio griego moría en la persuasión de que el alma se unía á la causa primera sin pasar por la prueba del Eliseo, como aseguran los iniciados en los santos misterios; según dice Sócrates (9).

Los poetas místicos no despreciaron un asunto tan religioso. Horo, Yacco, Sabasio, Dionisio, Hércules, todos los dioses del sol que descienden á los infiernos y vuelven á subir, presentan imágenes de este dogma. Entre los animales, el lobo y la cigarra eran emblemas de la metempsicosis; entre los vegetales lo eran el álamo, el sauce, el olivo por los dos colores de sus hojas; y el trigo candeal asimilado á Proserpina, y el ciprés; símbolo, no de la muerte, sino de la resurrección, por su perpétuo verdor y su forma piramidal.

Las ideas religiosas de los antiguos acerca de la regeneración de los cuerpos humanos y de la

(1) AP. SAN AGUST., *Contra Pelag.*, L. IV.

(2) VIRG., *Eneid.*, VI, 712, 743. — PLUT., *Amator y De sera Num vindicta*.

(3) VIRG. y PLUT., l. cit.

(4) PLAT., *Fedone y Gorgia*.

(5) PORFIR., *De abst.*, lib. IV, § 10.

(6) V. 73.

(7) AP. ORIG., *contra Celsum*, VII, 48.

(8) *Hymn.*, III, v. 725.

(9) PLAT., *Fedone*.

(1) SAINTE-CROIX, *Estudios acerca de los misterios*, t. I, p. 272.

(2) *Olimp.*, II, 125.

(3) L. II, c. 123.

(4) *Fedone*; *De rep.*, lib. X. — SAN AGUST., *De civ. Dei*, L. X, c. 30.

inmortalidad del alma nos han sido reveladas por los ritos que Varron prescribe para su sepultura. Siendo tan religioso como sabio, ordenó que su cuerpo fuese depositado en un sarcófago de simple barro (*dolium*) y colocado sobre hojas de mirto, de olivo y de álamo (1). La urna de barro era un homenaje tributado á Ceres Ctonia, es decir, á la tierra; con el mirto expresaba reconocer la inmortalidad; con el olivo y el álamo declaraba creer en la metempsicosis y en las justas expiaciones que el juez supremo le impondría. Todos los iniciados que creían, abrigan al morir las mismas esperanzas.

Al que extrañase que la religión encubriera los dogmas necesarios para la felicidad de la vida futura, un sacerdote egipcio ó griego habría podido contestarle: « Á nadie está negada la instrucción. Venid á Buto, á Tébas, á Ménfis ó á Eléusis, á Samotracia ó á otros templos, y os instruiremos en nuestra santa religión. El niño, el anciano, el sabio sin mancha, y aun el malo, son admitidos á la iniciación y reconciliados con Dios y con el género humano. Por otra parte, no es necesaria para la salvación la inteligencia de todas las verdades. Creed en un Dios creador, en la inmortalidad del alma, en la moral, cuyo origen y conservador es Júpiter; en la remuneración póstuma, y basta con esto para la paz en esta vida y la felicidad en la futura. »

Rocapitulacion.— Aplicacion de las doctrinas religiosas á la explicacion de los monumentos de las artes.

Hemos querido probar que la Grecia tuvo verdaderamente una religión, y explicar en qué consistió. Para esto era necesaria una exposición crítica de los sistemas antiguos y modernos que ilustraron y embrollaron la cuestión. Ya hemos probado que las fábulas mitológicas, las ceremonias y los monumentos son verdaderos enigmas bajo cuyo velo los sabios envolvieron voluntariamente las creencias nacionales para hacerlas respetables y duraderas. Una vez esto probado, resultaba evidente que la solución de estos enigmas era la esencia de los verdaderos dioses; que los Griegos reconocían dos clases de divinidades, reales y ficticias, y que las divinidades mitológicas eran personajes simbólicos, bajo cuyos nombres se veneraba á los dioses verdaderos. Hemos visto que estos eran los elementos y los astros, considerados, no como formando un solo todo indivisible, sino como seres distintos sometidos á un Dios supremo, creador suyo y de los hombres. Por último, el conocimiento de los dioses nos ha conducido á buscar los dogmas en que estaban fundados los temores ó las esperanzas de los creyentes.

Esta religión se distinguía tanto de las

(1) PLIN., *Hist. nat.*, lib. XXXV, c. 46.

opuestas opiniones de los filósofos como de las vanas supersticiones del vulgo: antigua y universal, á pesar de la divergencia de sus fábulas, se conservó íntegra hasta su total aniquilamiento.

El conocimiento de la religión griega es importante también por su aplicación á la inteligencia de los monumentos. ¡Y cuánto ennoblece á la antigüedad! ¡Cuán altos pensamientos nos revela! Las nobles imágenes de los dioses que excitan nuestra admiración, aun cuando no creemos ver en ellas sino simples figuras humanas, ¡qué entusiasmo no despiertan al encontrar en la elección de sus formas, en sus posturas, hasta en sus símbolos accesorios la explicación de pensamientos altamente religiosos! ¡Cuán genio, cuánto gusto en aquel inimitable cincel griego que tantos medios se proporcionó y que tan hábilmente supo emplearlos!

Aquel Apolo tan altivo en su ademán, tan orgulloso en su mirada, tan noble y elegante en sus contornos, tan magnífico en su cabellera, cuyo pecho resplandece brillantemente, ¡cuánto más se hermosa cuando pensamos que representa el sol! El astro acaba apenas de trasponer el signo equinoccial de primavera: por esto el dios ríe con el encanto de la juventud. Y aquí vemos su primera victoria, que consistió en atravesar á Piton, dragón inmenso, escollo que se enroscaba á manera de serpiente y amenazaba al cielo con la cabeza erguida: Piton, de la familia de los gigantes, símbolo de la humedad invernal, en las cercanías del Parnaso. El tiempo, al verse libre de este impuro enemigo, recibirá con el mayor placer la luz del día.

El arte tuvo que presentar á veces en sus composiciones enigmas complicadísimos; la religión le ofrecía muchos símbolos y el talento sabía emplearlos ó crear otros nuevos. ¿Quién es este joven dios, desnudo, esbelto, tan delicado como robusto de formas? ¡Cuán singular es la composición de esta figura sin que carezca en un ápice de la gracia común á todos los dioses griegos! Alas en la cabeza y en los talones, el caduceo en una mano y la bolsa en la otra; en la cabeza á manera de petaso, una tortuga viva; á su alrededor el gallo, un perro, un capricornio, un cáncer, un lagarto con la cabeza abajo, un escorpión, un ánade. Á veces ciñe una corona de mirto, lleva en la mano una palma y tiene al lado una mariposa.

Es Hérmenes, Tot entre los Egipcios, Mercurio entre los Romanos, intérprete, ministro, mensajero, criado de los dioses. Cito está con preferencia á las demás divinidades, porque su leyenda es complicada, sus símbolos muchos y tal vez contradictorios: y si se explican por una palabra sola, parecerá demostrada la exactitud de este método de explicación.

Mercurio es imagen del sol, en cuanto este astro pasa cada día de uno á otro horizonte y cada seis meses de uno á otro trópico. Los Griegos lo suponen hijo de Júpiter y de Maya, es

decir, del Éter y de la Tierra. Este dios no presenta las formas de Apolo, sol de estío, ni las de Baco, sol de invierno, ni las de Hércules, sol de los doce meses, que va de victoria en victoria. Es ligero, sutil, y sin embargo robusto en sus contornos, atendida su naturaleza de dios viajero, por la cual fué hecho mensajero de los dioses, y en consecuencia criado y ministro del Olimpo. Presente en todos los países de una hora á otra, tuvo que hablar todas las lenguas, conocer los usos de todos los pueblos, y así llegó á ser el intérprete universal.

Como es sol diurno y nocturno, tiene una ola blanca y otra azul turquí, una mejilla negra y otra de color de oro, el cabello mitad blanco, mitad negro. Si los poetas le atribuyeron un brazo más largo que otro, fué porque el sol diurno obra con mucha mayor eficacia en nuestro horizonte que el nocturno, y es también mayor la del sol de estío que la del de invierno. La escultura se abstuvo de significar estas representaciones; pero expresó la misma idea con otros símbolos.

Como sol nocturno y diurno, Mercurio tiene por atributo el gallo madrugador; y como tal, pronto á trasladarse de un punto á otro, hábil en ocultar en la sombra lo que había manifestado á la luz, y á llenar de luz lo que había envuelto entre sombras, diestro en el disimulo y en el engaño, es dios de los negociantes, de los oradores y de los ladrones, por lo cual lleva la bolsa en la mano, sirve al rey del Olimpo en sus amores y no se desdenea de acompañar á los amantes á las nocturnas citas.

Dios psicopompo tiene á su lado el can con el que le comparan cuando va de noche á conducir las almas á los infiernos, por la excelente vista de este animal, por lo que su culto pertenece especialmente á los misterios (1).

También como sol de seis meses de estío y seis de invierno, lleva á su lado el can que, cada vez que llega á un trópico, le obliga con sus lamentos á volver atrás (2). En el trópico de verano encuentra el cáncer y empieza á andar hácia atrás como este crustáceo; en el de invierno encuentra el capricornio, que llegando á lo alto de la montaña retrocede, y como él retrocede el dios. Por último, en medio de los hielos se entorpece como el lagarto, que la antigüedad representa con la cabeza baja para indicar el sueño: ó bien si se atiende á la aparente lentitud en el andar en dicha época, parece vegetar como el escorpión en la humedad.

En su viaje anual tiene por símbolo el caduceo, compuesto de una vara de oro entre dos serpientes, emblema del rayo solar que penetra desde los dos opuestos lados del cielo hasta su extremidad: imagen del curso que describe el astro en la eclíptica, y de la vida que alimenta en las dos partes del mundo.

(1) PLUT., *De Iside et Osir*; Scholiastes JUVENALIS, ad sat. V, 153.

(2) SAN CLEM., *Strom.*, V.

En su viaje diario á los infiernos no suele llevar en la mano más que la vara, con la cual tiene bastante para dirigir las sombras (1). Pero como el infierno está situado debajo del Océano, tiene que atravesarlo para llegar hasta Pluton; lo cual está expresado por el ánade que se sumerge con él para el marítimo viaje. Á su vuelta tiene que partir el agua remontándose, en cuyo acto tropieza con los peces, con la cabeza y los hombros, de manera que la tortuga se agarra con fuerza á sus cabellos.

La corona de mirto, la palma, la mariposa, son también emblema del viaje de Mercurio psicopompo al infierno. Todos los días baja á este sitio; pero todos los días vuelve inmortal, lo cual está indicado con la corona de mirto; vuelve victorioso y lo expresa con la palma; y el alma que conduce, volverá también á su vez, lo cual está indicado con la mariposa.

Como inventor de la cítara de dos ó tres cuerdas, es honrado por la armonía que conserva entre el invierno y el verano ó entre las tres estaciones que forman el círculo del año.

Hay además otros enigmas en la leyenda de Mercurio. Supongamos que la estatua está colocada sobre un plinto de cuatro caras, adornada cada una con un bajo relieve relativo á este dios. Primero lo vemos penetrar como ladrón en el redil, donde se encuentran todos los ganados de los dioses; después, acompañado de las Parcas, conduce á Proserpina al infierno; después mata á Argos, y por último, reconciliándose con Apolo, que estaba irritado contra él por el hurto de sus terneras, le da la cítara, recibiendo en cambio la vara de oro.

Las caras del pedestal designan los cuatro puntos cardinales del mundo. Por la noche, el hijo de Maya penetra en la caverna de los bueyes celestes: emblema de los vapores que oscurecen el cielo, los bueyes velan las operaciones nocturnas de las divinidades. Mercurio roba algunos porque va á sacrificar á las divinidades subterráneas y á bajar al infierno. Al asomar el día, vuelve á Proserpina á la luz. Al momento en que aparece en el cielo el sol naciente, Mercurio asesina á Argos, porque aquel es el momento en que los fulgurantes rayos del sol apagan con su aparición la luz de las estrellas. Durante el día recibe de Apolo la vara de oro, emblema del poder solar, y le cede en cambio su cítara, por ser este dios el que particularmente debe establecer la armonía universal.

Igual método de interpretación se aplica á las leyendas de cada una de las divinidades: una sola palabra explica todos los enigmas, y esta palabra es la explicación del dogma religioso. La interpretación de una fábula facilita la de otra y en todo se manifiesta un sentimiento mismo; la admiración de las maravillas efectuadas por un Dios creador.

(1) HORAC., *Od.*, X del lib. I, Virg., *Æn.*, IV, 242.

APÉNDICE

Para esclarecimiento del trozo anterior, conviene que nos extendamos acerca de varios puntos.

Respecto del origen de la mitología, nuestros lectores saben cómo y en qué nos apartamos de la opinión del autor, que tratando únicamente de la mitología griega, no creía necesario remontarse á sus orígenes, dando de barato que en su mayor parte se derivase de la de sus vecinos y de la de sus pobladores nuevos. Abstiénese igualmente de exponer los sistemas de los más modernos, en los cuales justamente nos apoyamos nosotros con mayor fuerza (Narración, tomo I, cap. XIII); pero como hace mención de Creuzer y de Görres, creemos oportuno decir algo acerca de ellos.

Creuzer, al principio de su *Simbólica*, manifiesta que no pretende averiguar el origen y el carácter de las creencias y de las formas religiosas, sino de atenerse simplemente á la historia y consultar los hechos. Sin embargo, poco despues expresa su opinión, diciendo que según Pausanias, aparece que el método antiguo de enseñanza religiosa era una especie de revelación y no una exposición amplia, y añade:

« Para los pueblos que rinden culto á los elementos, los fenómenos naturales vienen á ser otros tantos signos, mediante los cuales la naturaleza habla por sí misma á todos los hombres indistintamente un lenguaje solo comprensible para los inteligentes. No es el dogma filosófico que toma el universo entero por un animal de crecidas proporciones, ni ménos la sublime doctrina del alma del mundo; pero quizá es su germen depositado en el fondo del corazón humano, donde debe desarrollarse. De ahí las creencias populares de que todas las cosas del mundo material tienen vida, de que todos los cuerpos están animados, de que hasta la piedra vive á su manera. La imaginación se apodera pronto de este panteísmo general, lo desarrolla, lo determina y va poblando de dioses el universo, ó mas bien todo cuerpo, todo fenómeno, todo agente en el mundo físico se convierte en un Dios. Así la doctrina filosófica del panteísmo, que de abstracción en abstracción llegó entre los Griegos hasta el axioma: « todo es imagen de la Divinidad, » se resuelve en principio en la más antigua de sus creencias, cuya primera expresión fué el politeísmo. Y cuando la especulación metafísica, que á fines de la antigüedad llegó á sus últimas deducciones, sentó el axioma de que « la naturaleza

por medio de sus símbolos produjo bajo formas visibles sus invisibles concepciones y la Divinidad se complace en manifestar la verdad de las ideas por medio de imágenes sensibles; » ya hacia muchos siglos que el germen de este gran pensamiento fermentaba en la imaginación pueril y al mismo tiempo creadora de los antiguos.

» De este modo bajo el doble imperio del miedo que abate al hombre, y del sentimiento interior que lo eleva á sus propios ojos, formóse la antigua creencia, según la cual el hombre es entre los vivientes el único que goza del privilegio de tener comunicación con los dioses. De noche con sus sueños, de día con el vuelo de los pájaros, con las entrañas de las víctimas, con las exhalaciones subterráneas, en fin, con mil presagios diversos é imprevistos, los dioses hablan á sus sentidos, para manifestar á su inteligencia el presente ó lo porvenir.

» Tales son las creencias primitivas, base de la enseñanza de los primeros sacerdotes de la nación griega, y este fué el espíritu que presidió á sus instrucciones. ¿De qué se trataba en sustancia? De señalar nombre á los poderes supremos, que hasta entónces no lo habían tenido, de invocarlos para el pueblo en breves y concisas fórmulas. Un sacerdote, poseído de entusiasmo y convencido además de la presencia divina, se expresaba con íntima convicción, y sus palabras, breves, pero llenas de sentido profundo, tenían todo el carácter y toda la autoridad de un oráculo, y eran muchas veces enigmáticas como él. Y como la plegaria era el principal origen de la instrucción religiosa de las edades antiguas, la interpretación y la revelación fueron sus formas originales. El sacerdote enseñaba cuando en las fuerzas de la naturaleza revelaba á los dioses poderosos; cuando descubría un decreto divino en las entrañas de una víctima, cuando, en suma, adivinaba una relación cualquiera entre una apariencia visible y un objeto invisible. Estas eran las primeras lecciones que los sabios de entónces daban á la multitud, ruda todavía, pero ávida de conocimientos; lecciones sensibles todas y por tanto adaptadas á sus aspiraciones, dirigidas principalmente á los ojos, que es la más sencilla y breve vía de instrucción. No había, pues, racionales ni demostraciones teológicas, sino revelaciones en el sentido más literal de la palabra.

» Hay más. Entre los antiguos Pelasgos vemos

el sentimiento religioso fijarse primero en los nombres, y desenvolverse y ordenarse sus ideas respecto de la Divinidad, á medida que se multiplican dichos nombres en las invocaciones que se la dirigían. Pero faltaba satisfacer otra de las aspiraciones de la humana naturaleza. El hombre gusta de signos exteriores, imágenes, figuras visibles, que respondan á sus sentimientos interiores, que representen á los ojos lo que hay de más oscuro y misterioso en tales sentimientos. Los pueblos todos (aun los antiguos) que rendían culto á los astros, pronto se vieron conducidos á la idolatría, y mayormente aquellos cuya religión fué desde el principio un panteísmo sensible y material.

» El movimiento general de la naturaleza física y la fuerza oculta que lo produce hirieron vivamente la jóven y vigorosa imaginación de los hombres primitivos, que reconocían en él la secreta influencia de una Divinidad. Esta tuvo que aparecer ante su vista, y el sacerdote, para justificar su divina misión, se hizo en cierto modo creador. Cuando por medio del arte consiguió producir ante los ojos el ser invisible, y presentar la Divinidad á la luz, manifestó al mismo tiempo el poder de su Dios y la verdad de su culto.

» Explicar los símbolos y crear figuras simbólicas, son dos funciones que van siempre unidas en la antigua escuela de las religiones primitivas. Por otra parte, los mismos dioses formaron con sus potentes manos las primeras imágenes propuestas á la adoración de los hombres; ellos fueron los primeros fundadores de su culto y descendieron á la tierra para instruir á los mortales. Casi todos los templos más venerados conservaban un ídolo de madera ó de piedra, cuyo grosero trabajo revelaba su antigüedad, y que se creía enviado del cielo por Júpiter (*Διογενής*), de cuya posesión se hacía depender hasta la fortuna del Estado. Vemos por otro lado á Apolo introducir su culto en Delfos; á Ceres instruir en Eléusis á los reyes del Ática en los arcanos del suyo, é inventar el precioso uso de los signos sagrados, es decir, de los símbolos.

» Así es que en el origen de las instituciones religiosas, se descubre una milagrosa alianza entre el hombre y la Divinidad. No solo entre los Griegos, sino también entre la mayor parte de los antiguos el gran Ser aparece como el primer institutor de las oraciones que se le debían dirigir y da el ejemplo de la adoración. Así es que no pocas veces la lección se encuentra confundida con el maestro. Hérmes fué fundador de los ritos sagrados en Egipto, como lo fué Flora entre los Persas.

» Que los primeros fundadores de las religiones redujeron sus dogmas á representaciones figuradas, es cosa que atestigüa toda la antigüedad. Toda la naturaleza era por consiguiente esfera de sus lecciones, con su órden inmóvil y sus fenómenos visibles, y por estas leyes manifiestas aprendemos las secretas leyes de nuestra natu-

raleza. La religión entera, y el culto y la instrucción moral, todo se producía bajo la forma del símbolo y del emblema. Pero el que desee conocer la teoría de esta forma tan antigua y tan general, no debe buscarla en aquellas remotas edades; en ellas todo es obra de la naturaleza y de la necesidad, todo espontáneo y necesario, sin que la reflexión interviniera de modo alguno. El símbolo, sin embargo, había salido ya de su estado rudimental en Egipto y en el antiguo Oriente, y los Griegos no tuvieron más que pulirlo, y le dieron lo bello como objeto principal (1).

Vamos á exponer ahora el sistema de Görres.

« La religión en su esencia es una, eterna, inmóvil como Dios mismo; pero en su desenvolvimiento y en sus leyes cae bajo la ley del tiempo, que es la ley del hombre; nace, crece, varía extendiéndose, parece menguar progresando, envejece, muere, renace, y en esta perpetua alternativa de vida y muerte se purifica, se eleva, se generaliza y tiende incesantemente á lo infinito, que es su principio y su fin. Hija de la unidad á la unidad vuelve; pero lo verifica pasando al través del mundo, cuya marcha sigue, y por medio del hombre, cuya historia es su historia.

» El hombre, hijo de Dios y de la naturaleza, permanece largo tiempo adherido al seno en donde nace, y solo se separa de él gradualmente. Sus primeras creencias se forman bajo la inspiración de la naturaleza; á ella se dirigen sus primeros homenajes. En este primer culto todo es grande y significativo, aunque sencillo y rudo; siendo sus primeros objetos los fenómenos terrestres, los ríos y sus misteriosas fuentes, las montañas con sus cóncavas grutas y sus terribles volcanes, y particularmente el fuego, poder activo y oculto que devora cuanto alcanza.

» Pero la vista del hombre se aparta pronto de la tierra para levantarse á los cielos y contemplar su magnífico espectáculo. En sus espacios está el origen del fuego y su imperio; en ellos arde sin tiempo la sagrada luz del sol y brillan los astros como innumerables lucecitas entre las tinieblas. El culto del fuego cede ó mas bien se reúne al de los astros. El sol y el ejército de los cielos con los elementos que les están subordinados, son las potencias inmortales y al mismo tiempo los sacerdotes del cielo; todo el mundo es un reflejo de Dios; Dios es adorado en el mundo que lo revela á los hombres; en este concepto, la religión primitiva viene á ser un panteísmo.

» Aquí es donde comienza la obra de los sacerdotes; al paso que dan explicación de la Divinidad por medio de la naturaleza, estudian los elementos y sus propiedades; enseñan la sabiduría valiéndose de los ejemplos de los animales; ordenan el cielo en consonancia con la tierra, y reforman la tierra en consonancia con

(1) Introducción, cap. I.